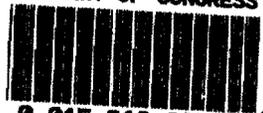


LIBRARY OF CONGRESS



0 015 819 637 2

F 1787
.A27
Copy 1

BIOGRAFIA

DE

CONCEPCION AGRAMONTE VIUDA DE SANCHEZ

(HOMENAJE FILIAL)



HABANA, CUBA

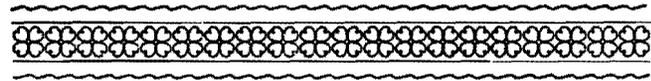
1919



CONCEPCION AGRAMONTE
a los 81 años de edad.

Fotografía de Naranjo, Habana.

De esta Biografía, que se publica sólo como un homenaje filial en ocasión de cumplir la biografada el octogésimo quinto aniversario de su nacimiento, se imprimen únicamente 200 ejemplares, para los familiares y amigos íntimos.



Concepción Agramonte viuda de Sánchez

Concha Agramonte, como cariñosamente es conocida esta ilustre matrona, nació en Camagüey, en la casa solariega de sus padres, calle de la Soledad esquina a Candelaria, el siete de Diciembre de 1834, siendo sus padres D. Juan de la Cruz Agramonte y Arteaga y Doña Rufina Boza y Varona.

Coincidió su nacimiento con la invasión del cólera asiático en Camagüey, de cuyo terrible mal falleció su nodriza, y por ese motivo hubo de ser lacteada por una hermosa cabra. Desde muy pequeña demostró Conchita una belleza extraordinaria, al par que una gran viveza de carácter y una inteligencia poco común, cualidades que la hacían sumamente simpática y que aún persisten a pesar de sus ochenta y cinco años de edad. No había fiesta en Camagüey en que Concha Agramonte no figurara como una estrella de primera magnitud, y bien podía decirse que era una de las joyas más preciadas de la sociedad camagüeyana, tanto por sus condiciones personales como por su abolengo, pues pertenecía a una familia netamente cubana, con más de doce ante-

pasados nativos del suelo camagüeyano. Aún recuerdan sus paisanos de aquella época los festejos que en el pueblo de Nuevitas se celebraron con ocasión de haber arribado a aquel puerto una escuadra extranjera, festejos en los cuales hizo ella derroche de gentileza. Los marinos extranjeros, sugestionados por su gracia y su belleza insuperables, la coronaron con una diadema formada de monedas de oro, proclamánola reina de la fiesta.

El sentimiento del patriotismo fué innato en esta mujer extraordinaria. Ella, al igual que otras jóvenes de aquella época heroica, correspondió al sacrificio de Joaquín de Agüero y Narciso López, tronchándose la cabellera y enlutando su hogar con crespones negros, a despecho de las órdenes y mandatos de las autoridades españolas que, equivocadamente, esperaban modificar por medio de la reprensión y la fuerza, los sentimientos de una sociedad que ya había sido conmovida por los latidos de la independencia patria.

En 1852, o sea a los diecisiete años de edad, contrajo matrimonio con Francisco Sánchez y Betancourt, también de antigua cepa camagüeyana y rico en propiedades territoriales. De esa unión nacieron doce hijos, llegando nueve a la mayoría de edad, con los cuales siguió a su esposo al campo insurrecto, al resonar en Camagüey el Grito de Yara.

Su actuación fué entonces admirable, de una verdadera matrona en cuyo hospitalario hogar hallaron siempre calor y afecto todos los que al campo revolucionario acudían en busca de liber-

tad y justicia. Allí encontraron albergue y mesa aquella pléyade de jóvenes habaneros que, como Ayesterán, Juan M. Ferrer, Moralitos, Mendoza, Julio y Manuel Sanguily, Zambrana, los hermanos Luis Victoriano y Federico Betancourt, y tantos otros; que fueron en pos de aquel ideal que la iluminada visión de los preclaros educadores cubanos había previsto y les habían inculcado ya como una realidad tangible: la Independencia de Cuba.

Narrar los episodios y vicisitudes porque atravesara Concha Agramonte durante los tres años y medio que permaneció en los campos de Cuba Libre requeriría llenar un volumen que describiera toda la Revolución Cubana durante ese período. Baste decir que en su casa, en Guáimaro, era donde se preparaban, entre sorbo y sorbo de café, los artículos que comprende aquella viril constitución que, comenzando con la libertad de los negros, culminó en la proclamación de los principios más fundamentales de la Democracia Americana.

Su permanencia en Guáimaro, aunque alterada a veces por la zozobra que le inspiraba la suerte de sus familiares que estaban en las líneas de fuego, no podía, sin embargo, ser más satisfactoria y halagadora para su carácter alegre y valeroso. Acompañada de su esposo, uno de los miembros más prominentes de la Asamblea y del Gobierno cubanos, su vida se deslizaba entre tertulias y paseos, y para el confort doméstico aún conservaba su coche y sus ajuares de ropa y vajilla, que la rodeaban de cierto bienestar. Según le hemos oído relatar muchas veces, uno

de los placeres inolvidables que experimentó entonces, fué cuando presencié la proclamación de la Constitución y el noble gesto de aquellos patricios insignes al despojarse de los honores y jerarquías que se habían atribuido al comenzar la Revolución, trocándolos, con júbilo, por la nueva y honrosa calificación de "ciudadanos" que les daba la República.

Empero, el bienestar y alegría no perduraron mucho tiempo. Las fuerzas "mambisas" que garantizaban hasta entonces la seguridad de Guáimaro, al mando del General confederado Jordan, situadas como avanzada en las trincheras del "Clueco", no pudieron resistir largo tiempo la embestida de las fuerzas españolas al mando del General Goyeneche; fueron derrotadas, y comunicada la infausta noticia a Guáimaro, y esperándose también las columnas de Balmaseda procedentes de Bayamo, se acordó abandonar la población, que hasta entonces había sido Capital del Gobierno cubano, no sin antes destruirla por el fuego, cual Bayamo, Sagunto y Numancia, antes que dejarla de abrigo y fortaleza al enemigo.

Su casa fué de las primeras que ardieron, prendida por las manos de su propio esposo, de sus hijos y amigos, aunque el Gobierno había designado a los hermanos Rizo para la total destrucción de la población.

Desde esa fecha comenzaron las verdaderas dificultades para la vida de familia, careciéndose de lugar fijo en donde habitar, perdiéndose, con las mudadas sucesivas, hasta lo más elemental para la vida civilizada, a la que estaba acostumbrada Concha Agramonte desde su niñez, tales

como ropas de cama, vestuario, calzado, etc. Fué entonces, la suya, la vida de los gitanos, en que tan pronto se habitaba una hermosa casa abandonada, una tienda de campaña o un mísero bohío de guano "de vara en tierra", angustiada siempre y con el sobresalto que inspiraba el enemigo, que de día en día era más activo y cruel en la persecución de las pobres señoras que, por no abandonar a sus esposos, los seguían en las vicisitudes de la campaña, haciendo de enfermeras y bridándoles los consuelos que necesitaban quienes habían abandonado afectos, comodidades y riquezas en aras del hermoso ideal de hacer libre a su patria a morir. De este modo, huyendo de aquí y de allá, fué a situarse en los montes de sus fincas de Najasa, en donde un día fué asalada y hecha prisionera por las fuerzas españolas.

Fué a mediados del año 1871. La escena se desarrolló en su finca "San José", de Jimirú. Habitaba entonces con su familia un rancho de guano dividido en tres partes: la anterior, descubierta por sus costados, destinada a comedor y lugar de reunión; las posteriores, forradas de yaguas, servían de dormitorios. Alrededor de la casa existía un "limpio" o "batey" como de cincuenta varas en cuadro, pasadas las cuales todo era monte y manigua. Serían las tres de la tarde; una comisión del ejército revolucionario, compuesta de seis u ocho hombres y con unas acémilas cargadas de parque, conversaba y tomaba café en el frente de la casa, cuando se sintieron unos tiros próximos, seguidos de descargas cerradas.

Todo fué entonces horrible tropel y confusión,

en que se mezclaban las voces de mando del Jefe de la comisión, los gritos de los niños y los ruegos de Concha, a fin de que huyeran y no se contestara al fuego, por el temor, certísimo, en esos momentos clarividentes y de aflicción, de que toda resistencia sería inútil y perjudicial para ella, que se encontraba con sus pequeñuelos, menores de siete años, sin poder huir como los demás.

En tal situación de angustia, fueron encontrados ella y sus hijitos en un rincón del bohío, de donde los sacó la soldadesca, poniéndolos en fila delante de la casa.

Ella, que recordaba en esos momentos los crímenes cometidos con otras familias, como las de Mola y Mora en enero de ese mismo año, en que después de saqueadas y vejadas habían sido cruelmente asesinadas, rogó que la presentaran al Jefe de aquella fuerza, quien, por suerte, era un caballero, el Capitán Macón, antiguo conocido de la cautiva, en la Sociedad Filarmónica de Puerto Príncipe.

Este oficial se comportó hidalga y caballerosamente,—cuanto más podía exigirse en aquellas circunstancias,—se situó a su lado y luego le concedió un salvo conducto por ocho días para que pudiera recoger a varios de sus hijos pequeños que, en la confusión del asalto, se habían escondido dentro del monte, aunque le impuso la condición de que, pasado ese término de tiempo, tenía que presentarse a las autoridades de Puerto Príncipe, advirtiéndola que de lo contrario no respondería de cuanto pudieran hacer sus soldados al apresarla de nuevo, dando Concha su palabra de cumplir tal condición. Pero no obstante

la benevolencia del jefe español, no pudo evitar que le quemaran la casa y toda la poca existencia de ropas y viveres que con mil dificultades había podido conservar. Todos en fila presenciaron cómo ardían sus últimas riquezas, que así podía llamarse a lo único que les quedaba.

Retiradas las tropas como al oscurecer, decidió buscar asilo o retiro seguro y, sobre todo, ponerse fuera del alcance de las cuadrillas de bandoleros llamados jíbaros, cubanos desnaturalizados que, como guías, acompañaban a las fuerzas españolas y que tenían por costumbre asaltar a las familias en altas horas de la noche para robarlas y vejearlas.

A ese efecto se dirigió por dentro del monte, huyéndole a los caminos o trillos para no dejar rastro, hasta un arroyo próximo en que, metidos ella y los niños en el agua, anduvieron hasta próximamente la media noche, hora en que ya exhaustos y temblorosos llegaron a un pequeño rancho en donde el negro Ignacio, antiguo esclavo de la familia, rendía también su labor en beneficio de la patria esclavizada, curtiendo cueros para la fabricación de calzado, equipo de monta y otros trabajos de talabartería.

El buen negro Ignacio sólo pudo brindar a sus inesperados y valiosos huéspedes el piso de tierra como único lecho, un poco de lumbre para secar las ropas, y un "güiro" de miel de abejas, que sirvió para hacer zambumbia, que así se llamaba el agua caliente endulzada con miel.

Esa misma noche salió el antiguo esclavo con el encargo de avisar al esposo el lugar donde se encontraba su familia y, reunidos todos a los po-

cos días, acordaron que Concha marchara para la ciudad con los hijos menores, en acatamiento del salvoconducto que le facilitara el Capitán Macón, ya que estaba plenamente demostrada la imposibilidad de que continuara en el campo, quedando el jefe de aquella familia de patriotas en la Revolución con sus dos hijos mayores, Benjamín y Juan de la Cruz, de dieciseis y quince años de edad, respectivamente.

Pasemos por alto las escenas amargas de aquella despedida en que seres que tanto se amaban y que habían aceptado hasta entonces toda suerte de sacrificios por seguir juntos en la vida, aun desafiando la muerte, se separaban por el mandato inexorable del destino, acaso para no volver a encontrarse jamás. Digamos, sí, que el esposo, con sus dos hijos mayores ya ofrendados a la causa de la libertad, y su hermano Manuel, acompañaron silenciosos y estoicos a la doliente caravana hasta la vista de la ciudad de Puerto Príncipe.

Su entrada en la población no fué perturbada por nadie; no se le dió siquiera el "alto", llegando felizmente hasta la residencia de uno de sus parientes, en la Avenida de la Caridad.

La noticia de la llegada de Concha Agramonte circuló con rapidez en la población; mas, queriendo ella evitar visitas y complicaciones, y siguiendo las instrucciones de su esposo, quiso tomar el tren para Nuevitas al día siguiente, pero habiendo sido denunciado su propósito, fué sorprendida en la misma estación del ferrocarril por una orden del General español, decretando su registro y prisión. Ella, rebelde y no habituada



CONCHA AGRAMONTE
a los 30 años de edad.

Fot. de Bello y Delmonte,
Camaguey



CONCHA AGRAMONTE
a los 40 años de edad

Fot. de Meora, New York.

a esta clase de humillaciones, no pudo resistir este golpe, sufriendo una verdadera crisis nerviosa que hizo temer por su juicio; pero movidas las influencias de la sociedad camagüeyana y comprobado que ella no portaba nada ilícito al ser detenida, fué puesta en libertad y pudo embarcar con sus hijos para la Habana.

A su llegada a esta capital se hospedó en casa de la señora Monserrate Canalejo viuda de "El Lugareño", pariente y amigo que había sido de su esposo, siendo colmada de atenciones por esta bondadosa familia y por las muchas amistades oriundas de Camagüey que aquí residían, entre otras la de Sterling y Varona.

Isabel Sterling llegó en su amabilidad hasta acompañarla en su quitrín a Palacio para solicitar del Capitán General Balmaseda la necesaria autorización a fin de salir del país y llevar como libertas a dos criadas de color que la acompañaban. Balmaseda había sido antiguo amigo de la familia de Concha Agramonte, por haber pasado algunas temporadas en su ingenio, y hasta se cuenta que en un baile que daba "La Filarmonía" para festejar el triunfo de la causa del Norte en la Guerra Civil de los Estados Unidos, se vistieron Concha y su amiga Anita Betancourt con trajes alegóricos, de color rojo, blanco y azul, matizados de estrellas, y estando en cama la señora de Balmaseda, rogó éste que fueran a visitarla, presentándose con aquellos trajes. No fué extraño para Concha y su amiga, pues, que Balmaseda las complaciera en su solicitud, no sin antes hacer mil protestas de afecto y condolencia por la situación aflictiva en que la veía y rogán-

dole transmitiera a su antiguo amigo Pancho Sánchez, sus consejos de que volviera a la legalidad, "ya que el movimiento debía considerarse fracasado" y para cuyo efecto debía ella que- darse en la Habana, en donde nada le faltaría. Pero ella, si agradeció la buena voluntad, insistió en su irrevocable resolución de marchar a los Estados Unidos, en donde residían los familiares de su esposo, y a cuya voluntad de que saliera de Cuba debía prestar inviolable obediencia.

Relatar este período de la estancia de Concha Agramonte en New York, que comprende hasta 1878, es tarea difícil, aunque ello nos daría pruebas más que concluyentes de la inteligencia, voluntad y abnegación de esta virtuosa y ejemplar matrona.

Allí se encontró la desagradable nueva de que su padre político había perdido las facultades mentales, y que la esposa de éste, madrastra y tía de su marido, no les brindó la afectuosa hospitalidad que esperaban, pues no obstante tener casa propia, muy amplia, y una fortuna de ochenta mil pesos en los bancos, presentó toda clase de dificultades para que Concha pudiera vivir con la familia de su esposo. Y, careciendo allí de bienes y valores personales, porque sus propiedades en Cuba habían sido confiscados, y un pequeño efectivo en dinero que su esposo tenía depositados en los Bancos de New York se negaron a entregárselos por carecer de documentos legalizados que la acreditaran con derecho a sus- traerlos, esta valerosa mujer cuyo templado es- píritu no se arredraba ante ninguna desventura, afrontó con firmeza de carácter y dignidad la si-

tuación que se le creaba, aceptando un jornal como costurera para cubrir las necesidades de una familia compuesta de ella y de nueve hijos.

Este jornal, de un peso al día, le fué proporcionado por la Sra. Francisca Moliner viuda de Ayesterán, madre de uno de los jóvenes a quien ella había protegido en los campos de Cuba Libre, más como no era suficiente para cubrir sus necesidades, la misma Sra. Moliner de Ayesterán obtuvo, con la ayuda de otros familiares, como la Sra. Mercedita de la Guardia, que los niños fueran colocados en colegios y asilos, quedando ella solamente con dos de sus hijos: la mayor, Luisa, y la más pequeñita, Sara, de dos años de edad, a quien tuvo la desgracia de perder al poco tiempo, atacada de escrofulismo.

Su aprendizaje como costurera,—pues desconocía el arte de la costura,—fué rápido, y al cabo de un año de lucha pudo establecer un taller de costura, en donde no sólo obtenía ganancias sino que beneficiaba a gran número de muchachas cubanas de la emigración, proporcionándoles enseñanza y trabajo honrado.

Ya en esta situación, además de mejorar la educación de sus hijos, colocándolos en mejores colegios, pudo emplear en casas comerciales a los dos mayores, Calixto y Armando.

Hecha la Paz del Zanjón, recibió el inefable placer de estrechar nuevamente en sus brazos a su esposo y a su hijo mayor, Benjamín; placer inmenso que amargaba, no obstante, el recuerdo de uno de los hijos de su corazón, Juan de la Cruz, que había caído en mitad de la heroica cuanto

inútil jornada. Juan de la Cruz murió en 1873 a consecuencia de heridas recibidas en combate.

El cuadro que ofrecían, al reunirse de nuevo tras la larga y cruenta separación, aquellos dos seres que habían formado un hogar venturoso y que lo habían destruido, hasta perder la última brizna, en aras de un ideal más grande aún que el de construir una familia, porque es más desinteresado y más altruista, el de redimir la patria esclava y reivindicar los derechos humanos de libertad y justicia, digno es de figurar entre los ejemplos más hermosos y fecundos que puedan ofrecerse al hombre como prueba de abnegación, de valor, de sacrificio y de amor a la patria. El volvía de los campos ensangrentados de una guerra difícil en la que había estado diez años luchando con valor y nobleza, exponiendo mil veces la vida; ella, si expuso también su existencia, a los comienzos de aquel drama en que fué actora tan importante, realizó luego una empresa, si menos rodeada de inminentes peligros, no menos hermosa y meritoria, dentro de su condición de mujer. Había sufrido, había luchado contra la pobreza, había conservado inmaculado su nombre, que estaba aureolado de virtud y de honor, y había educado y preparado para la vida decorosa a sus hijos. Más aún, había llegado hasta reunir cerca de dos mil pesos de ahorros con su trabajo. Ambos esposos habían cumplido igualmente su deber. Al reunirse de nuevo, encontraban que los dos habían sido igualmente grandes, cada cual en su condición. Fueron dignos el uno del otro.

Hecha la paz, regresaron a la ciudad natal, y

allí vivió Concha Agramonte rodeada otra vez de los suyos y considerando aquel período de calma sólo como una tregua para empezar de nuevo algún día la interrumpida empresa, hasta que culminara en el triunfo justo de la causa que tantos sacrificios había costado. En ese espacio de tiempo habría sido relativamente feliz si la larga enfermedad y muerte de su esposo no hubieren sido para ella golpe terrible.

El grito de Baire en 1895 vuelve de nuevo a agitar su alma sensible, y presencia con dolor y satisfacción, al mismo tiempo, que uno a uno responden sus cinco hijos varones al llamamiento de la Santa Causa, con el mismo espíritu abnegado y viril que heredaran de su padre. El cuerpo de la heroína, ya endeble por los años, no pudo responder ahora, como en 1868, en que lozana y fresca ofrendara sus energías y consuelos a los soldados heridos; pero no hubo en ella un solo gesto que demostrara tibieza ante los peligros que la esperaban aunque en ese momento vinieron en tropel a su mente los recuerdos de antiguos tiempos de luchas y sacrificios.

Su casa, esta vez en la ciudad, sigue siendo el lugar de reunión de los simpatizadores de la revolución. Allí se obtienen las últimas noticias del avance de Máximo Gómez y de los triunfos de sus valientes. Por su mediación logran salir al campo, para incorporarse a las filas insurrectas, los jóvenes habaneros que el Dr. Raimundo Menocal, antiguo amigo de su hijo Eugenio, le enviara recomendados, tales como el Dr. Eugenio Molinet, los hermanos Sonville, Raúl Arango, Néstor Aranguren, Armando Menocal, y muchos

más que sería prolijo enumerar. Fué ella la estafeta de la correspondencia entre la Revolución y los familiares que aquellos valientes jóvenes. En su casa nunca les faltó auxilio y hospitalidad. Concha, que no ignoraba las responsabilidades en que incurría, las desafiaba, importándole poco el futuro con tal de hacerles un servicio a "sus hijos", como ella los llamaba a todos.

Preocupadas las autoridades españolas por el daño que pudiera causarles las verídicas informaciones que del estado de la Revolución recibía el público, se esforzó en descubrir esa fuente de noticias, recayendo su suspicacia en Concha que, teniendo cinco hijos en la guerra, era lo más probable que en sus cartas procuraran tenerla al corriente de los triunfos que obtenía la Revolución.

Decidieron, pues, castigar el crimen de una anciana de sesenta y cinco años que recibía carta de sus hijos: fué Concha encarcelada por el delito de sostener correspondencia con el enemigo, en compañía de cuatro amigas más: las señoras Angela Malvina Silva, esposa del General Lope Recio; Eva Adan, esposa del General Alejandro Rodríguez; Gabriela de Varona, viuda del Comandante Miranda, y María Aguilar. Todas estas damas, con excepción de María, viven actualmente y siempre han pertenecido, por sus virtudes y abolengo, a la mejor sociedad de Camagüey, lo cual no fué obstáculo para que, sin consideración alguna, fueran tratadas como las demás presas, algunas de delitos comunes. A los treinta días fueron embarcadas para la Habana y confundidas, en la Casa de "Recogidas", con la ralea y escoria de la sociedad. No se permitió separación

entre aquellas venerables matronas y la carne del crimen. Para las autoridades españolas era confundible el delito de tener ideales con el crimen común del que asesina y roba. No había diferencia entre la honestidad y el descoco; para ellos eran iguales la virtud y el vicio si uno u otro estaban vinculados en mujeres cubanas.

Estas circunstancias vergonzantes, empero, no pudieron permanecer ocultas mucho tiempo, y dieron lugar a que empezaran a moverse en favor de las presas sus amistades influyentes. El Cónsul de los Estados Unidos, Mr. Lee, intercede a favor de la Sra. Eva Adan; el Sr. Antonio San Miguel, director de "La Lucha", proporciona carta de presentación para el Marqués de Palmerola, entonces Gobernador interino, a la Sra. Caridad Estevan de Sánchez Agramonte, esposa de Eugenio, uno de los hijos de Concha, y la cual se persona en Palacio, acompañada de su prima la Sra. Angela Barrera de Cosculluela, e implora del Gobernador la libertad de su madre política y demás compañeras de prisión. El Sr. Palmerola, hombre culto, educado y caballeroso, se da cuenta exacta de la situación y de la ignominia cometida con damas distinguidas, e inmediatamente ordena sea extendida la orden de libertad para todas, con la condición de que salieran del país cuanto antes.

De ese modo volvió Concha a New York, acompañada esta vez de su hija Emilia y de su nuera Caridad, ésta con sus dos pequeños hijos, y allí fueron recibidas por la Delegación Oficial de la Revolución con toda clase de consideraciones y afectos. Las atenciones prodigadas personalmen-

te por Fernando Figueredo y Tomás Estrada Palma han sido recordadas siempre por Concha y sus familiares con inmensa gratitud. En esta ocasión, felizmente, su expatriación no fué tan cruel como antes, por estar mejor organizados los servicios de auxilio a las familias de los patriotas, y porque la comunicación con el campo insurrecto, por medio de postas previamente establecidas, daba lugar a que la correspondencia se recibiera con bastante frecuencia. Su estado de zozobra por la suerte de sus hijos, sin embargo, era constante, y así constituyó para ella una paliativo en sus angustias la visita que recibió una ocasión de su hijo Eugenio, en octubre de 1897, quien siendo Jefe Superior de Sanidad del Ejército Cubano, fué designado en una importante comisión al extranjero, satisfacción que le duró sólo tres meses, pues ya el 10 de febrero tuvo su hijo que regresar de nuevo al campo de la lucha una vez terminada su misión. También la incertidumbre por la suerte de su país la preocupaba hondamente, circunstancias que se agravaron por la intensidad que había alcanzado la campaña al saberse en los campos de Cuba que los Estados Unidos entraban en la guerra, lo cual, aunque le auguraba el triunfo de la causa, le hacía temer que viniera la victoria acompañada con la pérdida de alguno de sus hijos.

¡Cuántas noches de insomnio y de zozobra pasó entonces la noble anciana ante la magnitud de aquellos problemas cuya solución dependía del Destino! Por eso fué más intenso su júbilo cuando supo que ya era un hecho la firma del Protocolo de la Paz, y que muy pronto podría abrazar

de nuevo a sus hijos y ver ondear la bandera por la que tantos sacrificios había realizado.

Tales fueron entonces su emoción y su alegría que no esperó saber si ya se podía volver a Cuba sin peligros, y embarcó, para la tierra libertada, en el primer vapor de la línea de Munson, llegando cuando aún dominaban los españoles en Camagüey, aunque ya el armisticio la ponía a cubierto de toda violencia.

En Nuevitás tuvo la grata sorpresa de ser recibida por su ya mencionado hijo Eugenio, que desempeñaba en la ciudad una comisión del Gobierno Revolucionario y pudo acompañarla hasta que la dejó alojada en Puerto Príncipe.

Después, a los pocos días de su llegada, pudo Concha salir al campo y, en la finca "San Rafael", tuvo la inefable satisfacción de abrazar a todos sus hijos, con excepción de Alfredo, que en comisión del Gobierno había salido para la Isla de Santo Domingo.

El Destino, al cabo, había premiado con largueza sus nobles y largos sacrificios, su abnegación, sus pródicos virtudes: allí estaban, al alcance de sus brazos anhelosos, y junto a su corazón, sus nobles hijos que, sanos y fuertes, con la frente alta porque habían cumplido como buenos, y con los pechos rebosantes de júbilo porque el soñado ideal de ver libre la patria amada era ya una tangible realidad, eran para ella el tesoro que la Patria agradecida le reintegraba, con crecido interés, porque le devolvía hechos hombres, y cubiertos de honores y de gloria, aquellos jóvenes que ella le había confiado para que dispusiera de sus vidas si era necesario. Sólo una pena amar-

gaba su alma en esta hora de inefable placer y que confundió un instante en sus ojos las lágrimas de la alegría con las del dolor: el recuerdo de su noble e inolvidable compañero, que también tenía derecho a ver la patria libre y a sentir el sublime orgullo de contemplar reproducidas en sus hijos sus nobles virtudes.

* * *

Han pasado veinte años desde aquel instante de suprema emoción. Durante ellos, Concha Agramonte ha debido experimentar, como si repercutieran en su propia alma, las alternativas que ha sufrido políticamente la patria a cuyo amor dedicó los mejores años de su vida, su vida toda pudiera decirse. La ha visto caer y levantarse de nuevo, y quienes conocen y tratan de cerca a la ilustre anciana cuya vida hemos bosquejado someramente, saben que ella tiene puesto siempre su oído en el corazón de la Patria, para gozar sus venturas o para llorar sus dolores, siempre con el mismo espíritu noble y altruista y el entusiasmo de su juventud, amor desinteresado y grande que ella ha querido conservar siempre por encima de todo bien personal, no habiendo aspirado nunca, por no empequeñecerlo, a que la patria recompense sus sacrificios con honores ni mercedes.

Tal ha sido la vida de esta insigne patriota: rica en virtudes y fecunda en ejemplos del más alto patriotismo.